

ESTADO Y MARXISMO: UN SIGLO Y MEDIO DE DEBATES¹

Introducción

Cada relectura que se hace de una problemática teórica, de un pensador o de un grupo de autores determinados carga, ineludiblemente, con el peso de la mirada epocal desde donde se efectúa esa nueva “visita”. El significado que se le atribuya, entonces, puede ser diverso, en la medida en que cambia la perspectiva desde la cual se realiza el análisis. Por eso, traer nuevamente al primer plano el “tema Estado” en el marxismo, que es el propósito de este libro, tiene hoy una connotación particular.

Durante los años ochenta y noventa del siglo XX, los vientos huracanados del neoliberalismo parecieron barrer no solo con numerosas conquistas de los movimientos obreros y populares de todo el planeta, sino con las categorías teórico-políticas que les dieron sustento durante más de un siglo. En un contexto signado por la hegemonía neoliberal y conservadora y la caída del “socialismo real”, la discusión sobre el Estado, en cuanto instancia clave de la dominación capitalista, fue desplazada tanto por el ataque al tamaño y al costo de sus aparatos, como por la supuesta pérdida de centralidad de los espacios estatales nacionales frente al avance de la globalización. Sin embargo, con el inicio del nuevo siglo empezaron a hacerse más agudas las contradicciones planteadas por la reconfiguración neoliberal y un nuevo ciclo histórico parece empezar a configurarse. Es en este escenario que se plantea la pertinencia de abordar la “cuestión del Estado” y donde la contribución de los clásicos se vuelve ya no solo útil, sino indispensable.

Desde el punto de vista estrictamente académico –y en particular, pedagógico-, nuestra intención es reunir en un solo volumen y de forma integral, una revisión sistemática del legado de las principales figuras del marxismo acerca del Estado, enmarcada en una perspectiva histórica que dé cuenta de los momentos particulares en los que cada uno de los teóricos produjo su obra. Incorporar aportes bibliográficos nuevos, poco conocidos o no disponibles en lengua castellana es un cometido específico adicional de este libro, que hace a nuestra tarea de investigación y docencia. Desde una mirada política -entendida en sentido amplio-, consideramos que es fundamental conocer la génesis histórica de una contribución teórica dada, el contexto de su producción y la

¹ Este trabajo es la Introducción del libro ESTADO Y MARXISMO: UN SIGLO Y MEDIO DE DEBATES. Editorial Prometeo. 1º edición 2007, 2º edición 2010. Buenos Aires. ISBN 978-987-574-179-5

trayectoria intelectual de su autor, para poner a prueba su riqueza explicativa en el tiempo que pretendió comprender y en el presente, en tanto tenga un carácter universalizable y no estrechamente acotado en términos temporales. Por eso este libro trata de recuperar conceptos y categorías centrales para la comprensión de la naturaleza de la dominación capitalista y para la práctica emancipatoria contemporánea. Aquí reside, entendemos, su actualidad.

Esta cuestión se entronca, a su vez, con dos dimensiones cruciales en materia *política*: una es la que anima las prácticas concretas relativas a la toma y ejercicio del *poder*, es decir, la *acción política* capaz de afectar el rumbo de una comunidad política (el “hacer” política). La otra es el *análisis de la política*, la interpretación que los científicos sociales dan a los hechos que acontecen en la *polis* (el “pensar” la política). Esta suele tener mayor o menor incidencia sobre tales prácticas políticas en la medida en que, como “insumos” teóricos, como información fáctica o como fundamentos normativos, ingresan a la acción política de diversas formas y a través de múltiples mediaciones. Así, las dimensiones de la política como “objeto de estudio” o como “campo de acción” aparecen permanentemente tensionadas en las realidades históricas concretas y es sólo a la luz de esta tensión que puede comprenderse más afinadamente la magnitud de un determinado pensamiento y de las ideas de aquellos autores que se proponen reflexionar y dar cuenta de fenómenos políticos históricos o contemporáneos.

“El gobierno (Poder Ejecutivo) del Estado moderno no es más que una junta (comité) que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa”, afirmaron Marx y Engels en las páginas del Manifiesto Comunista de 1848. Desde entonces, la caracterización del poder burgués sintetizada en esa famosa frase ha sido objeto de intensos debates teóricos y políticos, centrados en definir los alcances y los rasgos típicos de esta “junta” y la naturaleza de los “negocios comunes” de la clase dominante en el capitalismo. El curso histórico de tales debates ha seguido el derrotero de las transformaciones operadas en el Estado capitalista a lo largo de más de un siglo y medio y que corresponden a lo que podríamos definir, a muy grandes rasgos, como tres “ciclos”: liberal, benefactor y neoliberal.

La historia de las formas concretas de Estado es, al mismo tiempo, la historia del Estado como concepto teórico y de las distintas maneras en que se materializa. Por eso, las formas estatales específicas sólo pueden separarse *analíticamente* de los modos de concebirlas, de entenderlas, de interpretarlas. Una de las repercusiones más significativas de la crítica post-positivista de las ciencias sociales es el reconocimiento de que los hechos nunca

hablan por sí mismos. El poder ideológico de las teorías reside en su habilidad para discriminar lo esencial de lo contingente y sintetizar la complejidad de los desarrollos históricos y los datos empíricos en un conjunto acotado de relaciones ordenadas, que explican tales desarrollos y datos. Estas explicaciones o concepciones, a su vez, pueden influir sobre el devenir de lo real, en la medida en que logren encarnar en prácticas políticas capaces de producir efectos determinados. Como cada concepción teórica del Estado implica una forma de interpretar a la sociedad y al poder político que no es una mera descripción de "lo real", supone valoraciones que recortan y pueden influir (en mayor o menor medida) en la realidad que pretende elucidar. Porque toda construcción discursiva -en este caso la descripción-construcción "teórica" de la naturaleza del Estado- conlleva un "deber ser" que, explícita o implícitamente, puede ponerse en juego como estrategia de lucha política.

De ahí que, para "contar" la historia *del* Estado *vis à vis* la sociedad se requiera, al mismo tiempo, "contar" la historia de la construcción *del concepto* Estado. A la inversa, para comprender el sentido de una teoría acerca del Estado hay que remitirse al contexto histórico de su producción, lo que implica dar cuenta de la articulación entre el Estado en tanto forma histórica de dominación, y la producción y reproducción de las condiciones materiales de existencia social. Esto significa que, antes que perseguir el escarpado -¿e improbable?- objetivo de producir Una Teoría del Estado (como generalidad totalizante, universal y a-histórica que describe la naturaleza de todo poder político), parece más provechoso referirse a las teorías que dan cuenta del moderno Estado capitalista, y mucho más aún, remitirse a las *formas históricas del Estado capitalista* que, con las salvedades necesarias, podemos sintetizar analíticamente en tres grandes ciclos en el proceso de acumulación capitalista a escala mundial. Estos ciclos son, entendidos en términos muy generales: la etapa de *capitalismo de laissez-faire*, expresada en el *Estado liberal*; la etapa de capitalismo "tardío", "maduro" o "fordismo", ligada al *Estado interventor-benefactor* keynesiano y finalmente, la etapa "post-fordista" y de globalización, correspondiente a la *reconfiguración neoliberal del Estado*.

Para dar cuenta del fenómeno estatal podemos distinguir, a su vez, dos grandes paradigmas: por una parte, las teorías que -con diferentes matices- apuntan a la afirmación del orden capitalista existente y que tratan de explicarlo, justificarlo y/o corregirlo y, por la otra, las que -también con grandes variedades de posturas- lo impugnan y apuntan a una construcción alternativa. Hay que subrayar, sin embargo, que desde el paradigma liberal la problemática del Estado ha sido totalmente expulsada de la

sociología y la ciencia política, con la solitaria y excepcional contribución de Max Weber. En la medida en que la cuestión de la dominación importa solo referida a la “gobernabilidad”, los afanes teóricos se desplazan hacia los temas relativos al sistema político (formas de gobierno, partidos, elecciones, división de poderes, etc.), mientras se ignora todo lo relativo a la dimensión sustantiva del poder y el Estado.

Dentro del campo “crítico”, la teoría marxista es la que ha producido un mayor cúmulo de conocimientos y dado sustento a las prácticas transformadoras más significativas del siglo XX. Pero dentro de la perspectiva marxista sobre el Estado se han formulado diversas interpretaciones y enfoques teóricos, que han dado lugar a polémicas académicas y expresado posiciones políticas diferentes. Algunas teorizaciones se han planteado en franca discusión con las concepciones no-marxistas, haciendo hincapié en la disputa por la construcción de “sentido” socialmente relevante, en la batalla “intelectual y moral” indispensable para producir transformaciones revolucionarias. Otras centraron la mira en el debate al interior de la tradición marxista, pugnando por hallar la mejor interpretación capaz de dar sustento a estrategias de lucha política viables.

Cada una de las teorías sobre el Estado ha puesto su foco en determinadas cuestiones, problemas de interpretación histórica y fenómenos empíricos que dan forma y justifican su andamiaje conceptual. Estas herramientas teóricas, a su vez, recortan el universo “real” analizado, por lo que es preciso que sean permanentemente interrogadas y sujetas a revisión para que sirvan para iluminar –y no terminen oscureciendo- los hechos y procesos que pretenden elucidar. Las teorías tienen dimensiones analíticas y metodológicas, las primeras de las cuales consisten en conceptos clave que seleccionan, nominan e interrelacionan lógicamente un rango específico de fenómenos. La peculiaridad del marxismo se define, precisamente, en esta constelación conceptual, que incluye las nociones de relaciones de producción, clases, plusvalía, explotación, tendencia a la caída de la tasa de ganancia, por nombrar algunas. Barrow (1993) afirma, en cambio, que lo metodológico no reviste una peculiaridad que pueda asignarse al marxismo –distanciándose de la afirmación lukacsiana de que “la ortodoxia en el marxismo es el método”. Abordajes como el análisis de la estructura de poder, el estructural funcionalismo, el análisis sistémico y el realismo organizacional no hacen a la sustancia del marxismo, aunque condicionan el énfasis que cada teoría del Estado reivindicada como marxista le otorga a las diversas categorías conceptuales que constituyen su corpus analítico. Estar atentos a esta distinción es central a la hora de juzgar los puntos de concordancia y disidencia entre las diversas teorías marxistas del Estado y, sobre todo,

para discriminar aquello que tienen de genuinamente incompatible y lo que poseen de valioso complemento analítico.

A su vez, hay que resaltar que detrás de cada reformulación de la teoría del Estado está el afán no solo de comprender la forma efectiva de la dominación por simple gusto gnoseológico, sino de configurar alternativas viables de cambio social. Porque en la comprensión de la esencia de la dominación, de sus resortes y características, está ínsito el diseño de la estrategia viable para su transformación. De ahí que las disputas interpretativas sobre la naturaleza del Estado capitalista difícilmente puedan disociarse de posturas políticas e incluso tácticas, tendientes a enfrentar el modelo dominante de una manera que, se presume, es la más apropiada para tener éxito en la empresa revolucionaria.

Este volumen colectivo se divide en dos partes. La primera comprende el ciclo histórico del “Estado liberal” -cuyo inicio puede fecharse con la Revolución Francesa de 1789 y su agotamiento definitivo con la culminación de la Segunda Guerra Mundial, etapa de crisis mediante-, e incluye trabajos sobre los clásicos del marxismo. La segunda abarca los ciclos del “Estado Benefactor” –de 1945 a 1980- y del “Estado Neoliberal” –de 1980 a 2006-, con sus respectivas crisis, y está dedicada a los nuevos enfoques y debates teóricos que surgieron en el período.

Una interpretación bastante generalizada afirma que Marx dejó una teoría económica coherente y elaborada del modo capitalista de producción, expuesta en *El capital*, pero que no desarrolló una teoría política semejante -en cuanto a su sistematicidad- sobre las estructuras del Estado burgués, ni tampoco diseñó una estrategia ni una táctica acabadas de la lucha socialista revolucionaria para derrocarlas. La dispersión de las referencias a la problemática estatal a lo largo de la obra de Marx y las contribuciones de Engels, así como la tensión y las contradicciones entre muchas de ellas, han dado lugar a numerosas y dispares interpretaciones. El primer ensayo que integra este volumen sigue, precisamente, los recorridos de Marx en la conceptualización del Estado, desde sus obras de juventud hasta su producción madura, haciendo referencia a las cambiantes circunstancias históricas que enmarcaron sus reflexiones. En este capítulo, se intenta deslindar lo que Marx efectivamente “dijo” sobre el Estado de lo que intérpretes posteriores decantaron como doctrina, para lo cual se pasa revista y clasifica a los textos correspondientes a lo que se considera tres épocas diferenciables: juventud, “de ruptura” y adultez. En el segundo capítulo del libro se analiza la contribución

de Engels, poniendo el eje en una pieza clave para entender su pensamiento: la Introducción a *La lucha de clases en Francia*. Aquí se analiza el contexto histórico en el cual emerge este texto tan rico como problemático para pensar la tensión entre reforma y revolución, entre vía electoral e insurreccional, que marcaría la trayectoria política de los partidos marxistas desde entonces. En este capítulo se pone el acento en la coyuntura sumamente delicada que influye / condiciona la escritura y acción de uno de los padres del marxismo.

El tercer capítulo está dedicado a revisar el legado de Lenin y elucidar las claves teóricas y prácticas que dan sustento a *El Estado y la revolución*. Es en esta obra donde el revolucionario ruso intenta, antes que formular una teorización sobre el Estado capitalista –que ya daba por realizada por Marx y Engels-, fijar las bases de la estructura política que habría de dar sustento a la etapa de transición del capitalismo al socialismo. El propósito de Lenin, en este trabajo de 1917, no fue así desmenuzar el formato *per se* de dominación política del capitalismo, sino identificar las características que debía asumir la “dictadura del proletariado” como “Estado de nuevo tipo”.

Después de Lenin, sólo la obra gigantesca de Antonio Gramsci, elaborada sobre todo en sus años de cárcel y como una suerte de reflexión “en estado puro” a partir del fracaso de la revolución en occidente, puede contarse como un activo teórico central sobre la cuestión del Estado durante la primera mitad del siglo XX. En el capítulo cuarto se sigue el itinerario teórico que realiza el italiano desde la época de *L'Ordine Nuovo* hasta sus reflexiones carcelarias. A partir de constatar los cambios operados en la forma de dominación burguesa occidental durante las primeras décadas del siglo XX y las diferencias con oriente, el interés de Gramsci se centra en indagar sobre qué bases materiales les es posible a las clases dominantes occidentales construir una supremacía hegemónica, que apele más al consenso que a la coerción. La “ampliación” del Estado que produce el sardo arraiga en esa preocupación. En el siguiente y último capítulo de esta parte se ahonda en el pensamiento gramsciano, pero poniéndolo en contraste con Max Weber, la mente más aguda del campo liberal del siglo XX. Los conceptos de legitimidad del profesor alemán y de hegemonía del comunista italiano son comparados y revisados, además, a la luz de sus respectivas y diferenciadas posturas frente a la praxis política.

Los avatares de la producción gramsciana determinaron que su recepción e influencia efectivas no se hicieran sentir sino en los años sesenta, tres décadas después de su gestación y cuando el ciclo “interventor-benefactor” ponía a la problemática estatal otra vez en primer plano. La segunda parte de este libro está dedicada a los aportes sobre

el Estado que se realizan a partir de esos años, signados por la recomposición capitalista de posguerra y el proceso de impugnación al estalinismo abierto en 1956, lo que transformó radicalmente las perspectivas políticas en el campo del comunismo y de las izquierdas en general. En el primer capítulo se aborda el pensamiento de Louis Althusser, quien en diálogo polémico con las principales corrientes de pensamiento que florecían a la luz de los acontecimientos mundiales, aportó al marxismo una lectura estructuralista que habría de tener gran influencia teórica y política, especialmente en los años setenta. Enfrentado al humanismo, al economicismo y al historicismo, Althusser plantea la antinomia entre ciencia e ideología y la tensión entre sujeto y estructura, que sería recuperada por Nicos Poulantzas para desarrollar su análisis sobre el Estado. Precisamente, el segundo capítulo de esta parte se dedica a revisar la producción de Poulantzas y el intercambio que tuvo con el británico Ralph Miliband en la primera mitad de los años setenta, a partir de la publicación de sus respectivos libros dedicados a desmenuzar, tras décadas de silencio en la teoría marxista sobre el tema, las características del Estado capitalista. El debate sostenido por Miliband, Poulantzas, sus seguidores y comentaristas constituye un hito teórico relevante. En este capítulo se parte de situar el contexto histórico en el que se produjo la polémica, que trascendió simplifadamente como “estructuralismo versus instrumentalismo”, para pasar revista a los núcleos principales de las obras de cada autor y del cruce que protagonizaron.

El tercer capítulo presenta sintéticamente algunos de los principales aportes a la teoría marxista del Estado introducidos en el denominado *debate de la derivación*, que se desarrolló en Alemania durante la primera mitad de los setenta, y en su posterior recuperación en el *debate de la reformulación* del Estado, producido en Gran Bretaña durante la década de los ochenta. Signados por sus respectivos contextos históricos, mientras el foco de atención de los intercambios teóricos alemanes fue la *crisis* capitalista del modelo benefactor, el eje de los británicos fue puesto en la cuestión de la *reestructuración* del capitalismo bajo la hegemonía neoliberal. Un rasgo destacable de estos aportes (con múltiples matices y énfasis variados, por cierto) es el intento de superar la supuesta dicotomía entre capital y Estado, a partir de desarrollar el concepto marxiano de “forma”. Antes que aceptar la clásica metáfora y concebir a lo económico como la base que determina la superestructura política, estos autores señalan que es preciso comprender que lo económico y lo político (capital y Estado) son ambas formas de las relaciones sociales capitalistas, atravesadas por el conflicto de clases. La separación entre esferas emerge, lógica e históricamente, de la naturaleza de estas relaciones

sociales conflictivas. Autores como Margareth Wirth, Elmar Alvater, Joachim Hirsch, John Holloway, Sol Piccioto, Bob Jessop, Simon Clark, Werner Bonefeld, entre otros, participaron activamente en estos intercambios.

En el marco del debate alemán se dieron interesantes cruces con las concepciones del Estado de bienestar propias de algunos miembros de la segunda generación de la denominada Escuela de Frankfurt, a quienes los derivacionistas criticaron por la relevancia que otorgaban a la dimensión “política”. En el capítulo cuatro se analizan las contribuciones a la problemática estatal de dos de los autores más destacados de esa tradición frankfurtiana: Jürgen Habermas y Claus Offe.

La llamada *globalización* y las políticas neoliberales que la acompañaron, en las últimas décadas le impusieron a los Estados nacionales profundas metamorfosis, que obligaron a poner en discusión su relevancia, sus características y sus relaciones con el mercado mundial y el sistema internacional de Estados. Es en ese marco que aparecen, a comienzos de este siglo, dos obras que son analizadas en el último capítulo de este volumen. Aunque *Imperio*, de Toni Negri y Michael Hardt, y *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, de John Holloway, no son libros de teoría marxista del Estado en sentido estricto, su impacto sobre la concepción de lo político y de lo estatal contemporáneo es significativa. La revitalización, en los últimos años, de prácticas políticas alternativas que no parecen tener su eje en la conquista del poder del Estado, encontró sustento en los planteos de Negri y Holloway. Aunque las posturas de estos autores se diferencian en puntos relevantes, como se muestra en el capítulo, ambas sirvieron de soporte teórico a las prácticas de movimientos, sobre todo en la Argentina, de orientación autonomista o neo-autonomista. De ahí su inclusión en un mismo capítulo de este libro.